

## **El Efecto Mateo o el pez que se muerde la cola**

Está claro que no podemos culpar a la escuela del fracaso en lectura, pero tampoco ser tan condescendientes que olvidemos que para muchos niños la escuela es el único lugar donde ven un libro y, por tanto, la única oportunidad de sentir el placer por la lectura.

La escuela asumió su rol como encargada de enseñar a leer y quizás durante mucho tiempo se conformó con eso creyendo que saber leer era sinónimo de querer leer.

Sin embargo, la escuela, como ya en su momento dijo Graciela Montes, tiene un rol tanto o más importante como mediadora de lectura. No basta con enseñar a decodificar y comprender un texto a un primer o segundo nivel, sino que hay que formar a lectores críticos ya que solo si son capaces de leer el mundo podrán ser parte del entramado social y tomar decisiones.

Me podrían decir: "Pero quizás aprendan a leer sin disfrutar de la lectura". Tienen razón, nadie les obliga a hacerlo y se puede ser feliz sin leer...supongo. Pero yo les pregunto: alguien a quien no le guste el fútbol, ¿querrá practicarlo? Y me responderán: No. Pero la respuesta no es tan simple porque quizás sí quiera, si esa práctica le proporciona algún tipo de placer como ser parte de un grupo de amigos que juega en el patio de la escuela o que discute el lunes los partidos del fin de semana. Es decir, juego para no quedar afuera pero si no encuentro una motivación sucede que cuanto menos lo practico, peor juego, al menos con respecto a mis amigos que pasan horas con la pelota, y como soy consciente de mi incompetencia, dejo de jugar porque me frustra. Eso mismo pasa con la lectura: si no me gusta, leo

lo justo e imprescindible, lo funcional, lo que me obligan a leer. Pero a diferencia del fútbol, leer es una habilidad necesaria para la vida de todos y cada uno de nosotros porque sin una lectura crítica, quedo supeditado a las órdenes de quienes sí son capaces de leer entre líneas y tomar decisiones.

Y esto es lo que viene a llamarse el Efecto Mateo, es decir: los niños que leen más, leen mejor, pero los que no leen bien, deciden no hacerlo y, por lo tanto, nunca van a leer ni más ni mejor. Es el pez que se muerde la cola. Nuestro papel como mediadores debería ser romper este círculo vicioso sin dormirnos en los laureles ya que a quien perdemos tempranamente, es difícil, aunque no imposible, recuperarlo.

Algunos estudios dicen que intervenciones significativas (Diuk y Ferroni, 2012) acortan las brechas, aunque también hay estudios que son más deterministas (Van Bergen, 2018) y que afirman que las habilidades lectoras (genéticas) no mejoran con la exposición a textos escritos. Está claro que el acceso al libro es necesario pero no suficiente, como tener más pelotas de fútbol a nuestro alcance no nos hace mejores jugadores, pero sí un buen entrenador motivado y convencido de que podemos mejorar.

La motivación, según el diccionario de la RAE, es “proporcionar motivo o razón para que cierta cosa ocurra o para que alguien actúe de una manera determinada”. A veces esas razones radican en la acción misma, pero otras son motivos ajenos a la propia acción, es decir, recompensas externas, materiales o afectivas.

Linda Gambrell (1996), autora del test *Motivation Read Profile* (MRP), considera que la motivación por leer viene definida por cuán eficiente se autopercibe el lector y el valor que este le otorga al acto de leer.

Wigfield y Guthrie (1997), autores de otro de los cuestionarios más relevantes para medir la motivación lectora, el *Motivations Reading Questionnaire* (MRQ), llegaron a la conclusión de que la motivación intrínseca es el mayor predictor de la frecuencia con que se lee ya que, en su estudio, los niños intrínsecamente motivados dedicaron tres veces más tiempo a leer fuera de la escuela, porque las motivaciones extrínsecas no se sostienen en el tiempo. Pero, ¿cómo conseguir esa motivación en un niño que no se siente competente leyendo y que no ve a su alrededor que la lectura tenga un valor social positivo?

En primer lugar, no muy lejos de lo que señalaban Clark y Rumbold en 2006, no dejando de lado el valor lúdico de la lectura que no tiene por qué jugar en contra del valor informativo y funcional. Los textos que se propongan en la escuela deben ser significativos y los problemas que se resuelvan a partir de la lectura, auténticos.

Asimismo, se debe promover la socialización generando actividades donde se hable desde la lectura, sin hacer aburridos análisis de los textos que suelen espantar más que motivar. También es importante que los niños y jóvenes puedan seleccionar sus propias lecturas, en cualquier soporte y formato; nosotros como mediadores podemos proponer y orientar, pero nunca poner palos a las ruedas a sus propias decisiones porque los prejuicios nos venganzan. Por último, como señala Daniel Willingham (2015), me parece muy importante elogiar no solo sus logros sino, sobre todo, sus esfuerzos.

Quizás nuestro mayor error, como docentes y como padres, sea abandonar demasiado pronto el barco. En la investigación de Wigfield y Guthrie (1997) se detectó que cuanto mayores eran los niños, menor era la motivación. Esto se corrobora diez años después con la investigación de Morgan y Fuchs (2007) en la

que llegaron a la conclusión de que el sentimiento negativo de competencia y las actitudes negativas hacia la lectura van en incremento de 1º a 6º de escuela, sobre todo en aquellos niños y jóvenes reacios a la lectura o cognitivamente más vulnerables. Esto se debe a que habitualmente consideramos que hacia tercero o cuarto ya han aprendido a leer y ya podemos dejarlos solos, sin compartir lecturas ni valorar sus éxitos, y eso considero que es un craso error.

Quizás, teniendo en cuenta a algunos de nuestros competidores (Fornite, Netflix y tantos otros), esa sea la única herramienta potente con la que contamos: compartir sin presiones nuestro placer, transmitirles que en los libros encontrarán una experiencia diferente a la de otras actividades, sobre todo porque tendrán la posibilidad, sin pantalla de por medio, de imaginar y proyectar sus propias imágenes.

Es mucho más costoso porque no nos ofrecen nada servido, pero también la ganancia puede ser mucho mayor, de hecho, no conozco a ningún consumidor de youtube o jugador de videojuegos que sostenga su pasión hasta el fin de los días con la misma intensidad que el primero. Sin embargo, estoy convencida de que la adicción al libro es mucho más constante y, sin ánimo de parecer reaccionaria, más enriquecedora.

## Referencias bibliográficas

- Clark, C., y Rumbold, K. (2006). *Reading for Pleasure: A Research Overview*. Londres, Inglaterra: National Literacy Trust.
- Diuk, B. y Ferroni, M. (2012). Dificultades de lectura en contextos de pobreza: ¿un caso de Efecto Mateo? *Revista Semestral da Associação Brasileira de Psicologia Escolar e Educacional*, Volumen 16, nº 2, p.209-217
- Grambell et al (1996). Assessing motivation to read. *The reading teacher*, vol.49, nº7, p.518-533
- Montes, G. (2006). *La gran ocasión. La escuela como sociedad de Lectura*. Buenos Aires, Argentina: MECyT.
- Morgan, P. y Fuchs, D. (2007). Is There a Bidirectional Relationship between Children's Reading Skills and Reading Motivation? *Council of Exceptional Children*, vol. 73, nº2, p. 165-183
- Van Bergen, E. et al (2018). Why do children read more? The influence of reading ability on voluntary reading practices. *Journal of Child Psychology and Psychiatry*.
- Wigfield, A. (1997). Children's motivation for reading and reading engagement. In J. T. Guthrie & A. Wigfield (Eds.). *Reading engagement: Motivating readers through integrated instruction*. Newark, DE: International Reading Association.
- Willingham, D. (2015). *Raising Kids Who Read: What Parents and Teachers Can Do*. EEUU, Jossey Bass.